

# Erotismo, género y feminismo: abordajes para pensar las sexualidades

AILIN BASILIO FABRIS<sup>84</sup>

## INTRODUCCIÓN

El presente capítulo se centra en las relaciones entre erotismo, género y producción científica. En particular, se detiene en el lugar que el erotismo posee en los estudios de género y su potencialidad heurística para el desarrollo de investigaciones históricas sensibles a la representación cultural de las mujeres. Sin pretensiones de exhaustividad, realiza un abordaje teórico sobre la consideración del erotismo en el interior de la producción en ciencias sociales y humanas, con el objeto de presentar claves de lectura que tensionen su estatuto en relación con la consideración de las mujeres como objetos de deseo y consumo. Al mismo tiempo, busca entablar un diálogo con los estudios de género con la finalidad de repensar las experiencias de las mujeres en perspectiva histórica.

La hipótesis inicial que recorre este manuscrito sostiene que el erotismo es un elemento relevante para comprender la participación, la representación y la experiencia de las mujeres en las culturas y las sociedades contemporáneas, desempeñando un rol en la constitución de las relaciones de género. En suma, el presente capítulo rastrea algunas consideraciones e ideas que

84. Profesora y Licenciada en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de Quilmes. Doctoranda en Ciencias Sociales y Humanidades (UNQ). Becaria doctoral del CONICET con lugar de trabajo en el Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género (CINIG), Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (FaHCE, UNLP/CONICET).

gravitan alrededor del erotismo y su asimilación en el interior de la teoría feminista y los estudios de género, destacando las potencialidades y los alcances para una historia social y cultural de la sexualidad en Argentina.

Las alocuciones entre el campo de las ciencias sociales y humanidades, los estudios feministas y el erotismo constituyen, entonces, el centro de interés del presente escrito. Mientras los primeros dan cuenta de un vínculo volátil y menos estable con el género, los segundos cimentaron la imposibilidad de la exclusión entre género y orden político, social y cultural. De esta manera, las aproximaciones que ofrecen acerca del erotismo suscitan múltiples interrogantes. Uno de los principales debates es si el erotismo es una configuración que abona y fortalece la dominación masculina o, en cambio, si se presenta como terreno para el intercambio individual de sujetos libres.

A este diorama podría agregarse que tanto la ambigüedad como la paradoja completarían el juego de rúbricas en la compleja intelección de lo erótico. En este sentido, tomamos como punto de partida que lo erótico involucra aspectos ligados al deseo, al placer, al intercambio, lo “prohibido”, la desigualdad y al cuerpo. Por lo tanto, hablar sobre el erotismo es aludir a configuraciones sociales cifradas históricamente que encierran diferentes dinámicas, interpretaciones y procesos.

Este trabajo emana de un doble interés por tematizar cómo ciertas nociones, usos e ideas sobre el erotismo han sido formuladas desde los estudios de género, pero también por las ciencias sociales y las humanidades en general. Estas perspectivas permitirán iluminar no sólo aspectos teóricos, sino supuestos, alcances y límites que abonen a elucidar la representación de las mujeres en el entramado social y cultural histórico. Al mismo tiempo, se inscribe en un compromiso por pensar al erotismo como una dislocación de cerrazones y hermetismos en el plano de los compromisos políticos feministas.

El impulso por indagar las significaciones que el erotismo detenta en las sociedades contemporáneas se enmarca en una investigación doctoral en curso, centrada en dilucidar el

entramado de consumo cultural de la sexualidad en Argentina.<sup>85</sup> En esta dirección, la reflexión sobre la fuerza heurística del erotismo y sus vinculaciones con los estudios de género procura destacar los diferentes ropajes que adquirió a lo largo del tiempo con el objeto de identificar qué visiones y nociones se articulan en torno a la feminidad. De forma concomitante, es imposible soslayar la eficacia simbólica y política que el erotismo despliega cuando las censuras, las interdicciones y las prohibiciones se esgrimen como prescriptoras sociales y morales.

El recorrido que propone el trabajo de modo alguno resulta exhaustivo. Es indudable que, a la disímil y compleja ponderación del erotismo, a nivel social, cultural e histórico, le corresponde un desarrollo teórico y metodológico de análoga envergadura. Este esfuerzo por reunir diferentes prismas y perspectivas constituye un primer abordaje preliminar sobre una temática que creemos seminal para los estudios de género.

Una serie de interrogantes organizan el escrito. ¿Con qué lenguajes e instrumentos conceptuales se procura definir lo erótico? ¿En qué medida han tendido a robustecer, delinear y desanudar regulaciones y prescripciones? ¿Cómo se conecta con las mujeres? ¿Cómo se relaciona el erotismo y la sexualidad? ¿Cómo incide en la construcción social del género?

En base a lo expuesto, el capítulo se estructura en cuatro apartados. El primero, describe y desarrolla la teoría del erotismo elaborada por el filósofo francés Georges Bataille. Asimismo, se detiene en los planteos propuestos por el sociólogo Francesco Alberoni, cuya producción recoge las huellas del erudito galo. La recuperación de ambas obras nos permite sopesar la continuidad o el quiebre de ciertas ideas, representaciones e imaginarios acerca del nexo entre erotismo y género.

El segundo apartado explora las tensiones entre erotismo, violencia y sexualidad que brotaron en la producción feminista de la

85. A partir de un artefacto cultural como las películas de Armando Bo, director, y la figura de Isabel Sarli, actriz de sendas producciones, nos interrogamos por la articulación contexto de un marco de legibilidad del erotismo, de modernización de las costumbres sexuales, la censura moral y las irrigaciones sobre las mujeres.

segunda mitad del siglo XX. Así, procura recuperar las resonancias de este debate en investigaciones posteriores. El núcleo central de esas modulaciones reposó en la problemática de la prostitución, concebida como apoteosis de la violencia contra las mujeres, y su contigüidad con el erotismo.

El tercer apartado indaga en proposiciones recientes que resitúan al erotismo como mercancía, cuyo valor de uso y valor de cambio se plantea como una nueva modalidad de participación y agencia. A instancias de las sociedades modernas tardías, se analiza el ingreso del erotismo y su rápida expansión como garante de nuevos deseos, modos de sociabilidad y percepción de los sujetos.

Finalmente, el cuarto apartado examina otra acepción del erotismo como proyecto deseante en términos políticos y como política para la producción de conocimiento. De esta manera, el trinomio entre feminismos, erotismo y posicionamientos epistemológicos edifica un entramado denso a partir del cual reformular los modos de concebir el rol de quienes investigan, sus objetos de indagación y el compromiso con proyectos de cambio social.

#### TRANSGRESIÓN, DESEO Y DIFERENCIA.

#### MIRAR EL EROTISMO DESDE BATAILLE Y ALBERONI

Una primera aproximación a la problematización del erotismo reconoce las contribuciones realizadas por Georges Bataille (1897-1962) y diseminadas en varias publicaciones. Nos detendremos en *El Erotismo*, publicado en Francia, en 1957. Este pensador galo inscribió el erotismo en un proyecto filosófico cuyos núcleos centrales discurrieron por el ser, la vida, la muerte y la violencia.

En su contexto de producción, la preocupación por definir los contornos y las implicancias del erotismo habían sido abordadas con anterioridad por el psicoanálisis, por un lado, y por el emergente feminismo de posguerra en la obra de Simone de Beauvoir. Como señala María Laura Schaufler (2014), en el espectro de escuelas de pensamiento y teorías abocadas a dilucidar los fundamentos que organizan la vida sexual en el sujeto moderno, sobresale el empeño por discutir qué ligazones,

correspondencias y sustratos anudan al erotismo con la vida social, en general, y a la condición de género, en particular.

Frente a estas inquietudes, Bataille propondrá otras: ¿qué distingue a los sujetos de los animales? ¿De qué manera se suprimen o regulan ciertas pulsiones para sostener el orden social? ¿Qué papeles juegan el cuerpo y el deseo en ese equilibrio? De acuerdo con el pensador, el erotismo conjuga las contradicciones que hacen a la existencia de la condición humana y a lo humano, en una noción abstracta pero no desvinculada del orden sexo genérico, en la medida que organiza los fundamentos de la vida y el espíritu en términos del sacrificio, el deseo y la trasgresión.<sup>86</sup>

A grandes rasgos, podríamos señalar que la obra de Bataille no consiste en una disertación pormenorizada de la acepción más contemporánea y divulgada: el placer sexual o la sexualidad. En cambio, la comprensión de estos aspectos está íntimamente relacionada con una explicación sobre lo que la sociedad oculta, excluye y signa como secreto para sostener la vida. En ese lugar de segregación, de marginalización, es donde Bataille enraíza al erotismo y los efectos de este sobre la continuidad de la vida aun en la muerte.

Las ideas sobre continuidad y discontinuidad organizan los sentidos y las interpretaciones alrededor del erotismo. Este emerge cuando queda prescripto como “prohibido”, trazando una distinción frente al mundo de lo animal pero que reúne lo continuo y lo discontinuo en aras de garantizar la vida frente a la muerte. Si

86. Bataille dice: “Toda la operación del erotismo tiene como fin alcanzar al ser en lo más íntimo, hasta el punto del desfallecimiento. El paso del estado normal al estado de deseo erótico supone en nosotros una disolución relativa del ser, tal como está constituido en el orden de la discontinuidad. Este término de disolución responde a la expresión corriente de vida disoluta, que se vincula con la actividad erótica. En el movimiento de disolución de los seres, al participante masculino le corresponde, en principio, un papel activo; la parte femenina es pasiva. Y es esencialmente la parte pasiva, femenina, la que es disuelta como ser constituido. Pero para un participante masculino la disolución de la parte pasiva sólo tiene un sentido: el de preparar una fusión en la que se mezclan dos seres que, en la situación extrema, llegan juntos al mismo punto de disolución. Toda la operación erótica tiene como principio una destrucción de la estructura de ser cerrado que es, en su estado normal, cada uno de los participantes del juego” ([1957] 1997: 12-13). Agradezco a Luisina Bolla por el señalamiento de este pasaje.

bien el erotismo estaría deslindado de la reproducción sexual, ésta requeriría de aquel para que la interacción entre seres discontinuos redunde en el abandono momentáneo de su individualidad y en el ulterior retorno al repliegue.

El erotismo, entonces, constituye en sí un acto de violencia donde se transgrede la prohibición, la discontinuidad, para restituir lo sedimentado como normal. Resulta una transgresión que repone y revitaliza la norma aún en su infracción. En esa instancia, afloran el deseo y la pasión por la transgresión; se encuentra la contradicción límite/transgresión ya que el erotismo está signado por lo oculto, lo secreto, lo regulado.

En este complejo entramado de inflexiones, su visión redunda en una compleja constelación de elementos, aristas y componentes donde el cuerpo y el sujeto se constituyen como superficies individualizadas con sensibilidad, pero reguladas, prescriptas. Si el erotismo es un encuentro entre sujetos, donde la transgresión y los límites se mezclan, se fusionan, para restituir el orden, lo continuo, para reponer la “libertad” y la soberanía, el autor no ahonda en las investiduras ni los condicionamientos bajo los cuales esos sujetos, esos cuerpos, emergen.

En suma, en la obra de Bataille se pueden rastrear las huellas de una interpretación contemporánea del erotismo. Por otro lado, esta concepción no sólo no remite al ámbito de la sexualidad, sino además a una cosmovisión en la cual los individuos buscan encontrarse, sobrevivir, quebrar la discontinuidad y encontrar el deseo. Así, el erotismo canaliza las prohibiciones al tiempo que éstas constituyen la usina (el fuero) que delinea el deseo, es decir, la transgresión.

A lo largo de las próximas décadas, las ideas de Bataille se convertirán en referencias insoslayables para la dilucidación de las implicancias sociales, culturales y afectivas del erotismo. En simultáneo, sus formulaciones fueron enlazadas con la sexualidad, el placer y el amor. Si bien su visión filosófica y epistemológica no fue continuada, el impacto de su teoría resurge o reverbera a la luz de debates posteriores sobre el nexo entre violencia y deseo.

Sin embargo, quisiera detenerme en la recuperación que realiza el sociólogo italiano Francesco Alberoni de los presupuestos

del erudito francés para la edificación de su modelo de erotismo. En particular, las ideas sobre la continuidad y la discontinuidad para definir el género del erotismo entre varones y mujeres. En las primeras líneas podemos encontrar que la desigualdad signa, codifica y materializa al erotismo en la medida que el mundo se divide, sin ser problematizado, entre varones y mujeres que se atraen mutuamente.

De acuerdo con el prisma de este autor, hay una distinción erótica entre hombres y mujeres en cuya división la continuidad le corresponde a estas últimas y, en cambio, la discontinuidad a aquellos. En esa distribución de roles se sitúan las vinculaciones con materiales como las “novelas rosas”, la pornografía, las revistas eróticas, o con el sexo. Alberoni concibe al erotismo no como una expresión del sexo, sino un intercambio entre sexos bajo el supuesto de la diferencia.

Según Alberoni, por un lado, las mujeres despliegan el rol de lo continuo, entendido éste como participación, apego, emocionalidad, predisposición y devoción. El erotismo femenino se basa en una seducción de la inversión emocional y afectiva que busca afianzar los vínculos con los varones. Desde este prisma, las mujeres tenderían a ser sensibles; a estar dispuestas a los compromisos y con propensión a los enamoramientos. Las mujeres buscarían “atar” a los varones en relaciones afectivas que rebasen el placer sexual.

Por otro lado, los varones discurrirían por el mundo de lo discontinuo, es decir, un desapego, una indiferencia y una distancia emocional, afectiva y sexual con las mujeres y el placer. La concepción masculina sobre el erotismo avanza sobre la satisfacción de un deseo espontáneo, con finitud, bajo el supuesto de una masculinidad vista como insatisfecha, vigorosa, aséptica y desinteresada.

En la idea de complemento entre los “sexos”, Alberoni adscribe a las ideas de Bataille sobre la connotación negativa del erotismo y resignifica los términos de lo continuo/discontinuo. A fuerza de esencializar nociones sobre lo masculino y lo femenino, que guardarían continuidad con basamentos de talante biológico, el erotismo se postula como un encuentro donde varones y

mujeres pueden satisfacer, encarnar y dar lugar a las fantasías del otro. Así, éste es inacabado y abierto a su transformación.

Si bien las formulaciones de este sociólogo italiano contribuyen a un proceso de cristalización de identidades, comportamientos y acciones, donde los sujetos se entienden en una relación de complementariedad asimétrica y operan bajo los efectos y los condicionamientos del poder, también reconoce una capacidad de agencia en unos y otros a la hora de producir un intercambio erótico. Las mujeres pueden seducir al varón, desarrollar estrategias para interperarlo, pero siempre bajo la esfera de la emoción, del apego y el atractivo heterosexual.

En estos contrapuntos podemos ponderar de qué manera la teoría de Bataille fue resignificada al momento de elucubrar las problemáticas del deseo y el placer desde la sexualidad. Al sustraerle sus dimensiones inscriptas en la reflexión religiosa, su prisma se transforma en un vehículo de conocimiento para las ciencias sociales y humanidades. En lo erótico como objeto de preocupaciones filosóficas, anidan los ejes de la violencia, las interdicciones y la constitución del deseo como fuerza a la vez arrolladora y estructurante del erotismo.

En cambio, los presupuestos que sustentan el trabajo de Alberoni adscriben, en parte, a las ideas formuladas por Bataille pero son trasladadas a la pregunta por la convivencia y la interacción entre varones y mujeres. Si bien el análisis de la existencia entre un erotismo femenino y un erotismo masculino contribuye a una esencialización de los mismos, sus ideas dejan entrever de qué manera funciona una doble vara moral en la configuración de los géneros.

#### EL EROTISMO EN LA ENCRUCIJADA:

#### PORNOGRAFÍA, VIOLENCIA Y FEMINISMOS

En el contexto de los años setenta y ochenta, el tema del erotismo irrumpe como resultado del surgimiento de la pornografía como problema, es decir, la representación explícita y la comercialización del sexo y la genitalia. Estados Unidos se posicionó como



escenario principal para la producción de iniciativas que oscilaban entre la anti pornografía y miradas menos punitivas, encontrando en los entonces emergentes movimientos feministas un espacio para situar y edificar algunos posicionamientos y demandas.

En el marco del incipiente feminismo radical de los años setenta y ochenta, la pornografía fue identificada como problemática cardinal para las luchas por la igualdad y la erradicación del sojuzgamiento simbólico, económico, político y social que afectaba a las mujeres: la violencia masculina y la dominación patriarcal. Una de sus portavoces y principales teóricas fue Catherine MacKinnon. Desde sus escritos e intervenciones públicas, la representación explícita del sexo, donde las mujeres funcionan como objetos que estimulan, excitan y erotizan a los varones, constituía una degradación para aquellas y una exaltación para los segundos.

El supuesto bajo el cual la pornografía desdibujaba la sexualidad, reforzaba una subordinación de las mujeres frente a los varones y colaboraba en la explotación femenina, trazó una distinción, con superposiciones, entre erotismo y pornografía, entre placer y obscenidad. Mientras que el erotismo se ubicaba en el terreno de las sutilezas, las sugerencias y lo velado, la pornografía se convertía en una expresión explícita del sexo despojado de deseo y supeditado a la mirada masculina.<sup>87</sup>

De acuerdo con Michela Marzano (2006), aquello que distingue al erotismo de lo pornográfico no son los criterios morales ni sociales, ni la cantidad ni la explicitación de lo que se muestra, sino la erosión que la segunda hace de la primera. En otras palabras, para esta filósofa, la pornografía es la destrucción, el despojo de la condición de sujeto, de su autonomía y soberanía. La pornografía niega al erotismo en tanto deseo y reciprocidad.

En esta urdimbre de sentidos y posiciones, la pornografía fue asumida como apoteosis de la violencia, la anulación de las mujeres y la negación del deseo mismo; con ella, se obturaba la

87. La literatura en torno a estos asuntos es voluminosa. Debido a la naturaleza del presente trabajo, nos resulta complejo citarla extensamente. Por lo tanto, remitimos a Prada (2010).

posibilidad de enunciar a las mujeres como sujetos con deseos. Al margen de estas discusiones, el horizonte de legibilidad de la sexualidad femenina se reducía a visiones dicotómicas en las que prevalecía la idea de peligro, de desigualdad de poder y de sometimiento de una feminidad sexualizada.<sup>88</sup>

En un artículo sobre las asociaciones que se trazaban entre pornografía y prostitución, Raquel Osborne señalaba:

Al mismo tiempo, y para distanciarse de toda aquella dimensión “no grata” de la sexualidad, se redefinió como erótica una sexualidad difusa, no genital, tierna, etc., que se dio en reputar como característica de las mujeres. Todo lo que no encajara en ese esquema –lo genital, la sexualidad separada del amor o de la relación estable, la dimensión de poder– se atribuyó a lo masculino o, cuando menos, al patriarcado. (Osborne, 1988: 99)

En el esfuerzo por distinguir lo erótico de lo pornográfico, el primero quedaba confinado a una noción de sutilezas y neutralidades en contraposición a las características violentas y dominantes del segundo. La posición de Osborne no resulta representativa para calibrar la densidad de este problema. No obstante, sintetiza un clima de ideas que de modo alguno está agotado. Esa distribución de disposiciones releva las correspondencias semánticas fijadas por Alberoni, a saber, lo femenino como erotismo cuidado, emotivo, en contraposición a una crueldad y una vehemencia inherentemente masculina.

Bajo la idea de que la pornografía suprimía cualquier manifestación de una sexualidad femenina, se clausuraban u obturaban otras maneras de reflexionar sobre cómo representar, analizar y reformular los términos en el vínculo entre sexualidad, género y productos culturales. Al establecer una frontera entre lo erótico,

88. En síntesis, los presupuestos que organizan el argumento de MacKinnon (2014) sugieren que existe una intrincada relación entre género, sexualidad y poder en la que el erotismo colabora a la objetualización de las mujeres. El erotismo sería una herramienta de control de la sexualidad femenina en la medida que perpetúa la desigualdad y la sexualización de los géneros.

lo obsceno y lo pornográfico, muchas veces esas delimitaciones podían advenir más porosas o difusas. Asimismo, las nociones coetáneas sobre erotismo y pornografía son resultado de procesos históricos, siguiendo a Lynn Hunt, cuyas interpretaciones, usos e implicancias son de factura moderna (1993).

Lo expuesto hasta aquí deja entrever las dificultades de elucidar y concebir de qué manera el erotismo participa en la construcción de la sexualidad, de las relaciones de género y el orden social y cultural en términos contemporáneos y en las lógicas capitalistas, al tiempo que cavila sobre cuáles alternativas analíticas y metodológicas pueden germinar. Sin embargo, existieron voces que buscaron matizar las detracciones contra la pornografía y, por consiguiente, los argumentos vinculados a la dominación y a la violencia masculina.

La respuesta que permeaba las discusiones sobre la sexualidad, la pornografía y las mujeres se cristalizó en la compilación de diferentes trabajos nucleados en el libro *Placer y Peligro* (Vance, 1989). Este conjunto de trabajos fue el resultado de una reunión académica donde feministas de distintas vertientes expusieron visiones alternativas a las expresadas por las tendencias anti pornográficas. El núcleo de esta reunión discurió más acerca de las relaciones entre sexualidad, erotismo y género que sobre la pornografía en sí misma. De esta compilación, se destacan la introducción a cargo de Carol Vance y el famoso artículo de Gayle Rubin acerca del sexo y la sexualidad.

En sus palabras introductorias, Vance advierte la complejidad que supone el abordaje de la sexualidad femenina. En ella anidan investiduras de peligro y placer, pero también otras disposiciones, connotaciones y prescripciones vinculadas a cómo estudiar y comprender la “sexualidad femenina”. En palabras de esta antropóloga, la propia pornografía es un reducto de estas expresiones, donde la jerarquización de una sobre otra empaña la dilucidación de su comprensión total.

Las tensiones entre la posibilidad de ejercer y encarnar una libertad o autonomía sexual y la presencia del peligro en un amplio espectro (violencia, regulaciones, sanciones) son constitutivas de la construcción del género en la vida cotidiana en

su interpretación moderna. La yuxtaposición de la coerción y la búsqueda de márgenes más holgados para concebir y desplegar una experiencia de la sexualidad más amplia, impregna y opera en las visiones que las propias mujeres desarrollan diariamente.

Aún más contundentes fueron las proposiciones de Gayle Rubin (1989) al respecto. Al reflexionar sobre la sexualidad en las sociedades contemporáneas, esta antropóloga la enlaza con el erotismo, al tiempo que la concibe como resultado de conflictos y tensiones políticas. La sexualidad y el erotismo constituyen dos aspectos de una misma configuración social, cultural y política históricamente situada y variable que, en el decurso de los dos últimos siglos, fueron objeto de regulaciones y prescripciones.

En este artículo, Rubin esboza su teoría sobre las diferencias entre sexo y género, entre género y sexualidad. Mediante este procedimiento busca resquebrajar las correspondencias entre una y otra, y establecer a la sexualidad como espacio para el erotismo y el deseo. Al tiempo que discute con las visiones más preponderantes sobre la pornografía y el problema del deseo femenino, sostiene la relevancia de pensar una representación erótica que problematice los argumentos morales y las dimensiones normativas que signan y abonan su propia configuración.

Las diferentes manifestaciones e interpretaciones que despertó la pornografía y, de manera marginal, el erotismo, coadyuvaban a colocar sugerentes interrogantes en el centro de la discusión feminista. En efecto, a la intrincada posición de la sexualidad femenina le advino el cuestionamiento hacia las condiciones, los criterios y las estructuras que organizan, social y culturalmente, el orden de género. Los debates, por el contrario, dan cuenta de que ningún tema queda suturado para los feminismos.

#### EL EROTISMO ENTRA AL MERCADO: CAPITAL, SENSUALIDAD Y SEDUCCIÓN

Si para un sector de los feminismos norteamericanos de los años setenta y ochenta, de cariz heterosexual y occidental, la discusión sobre el erotismo fue encapsulada bajo la forma de dicotomías

en las que predominaba el argumento de la dominación masculina, la ampliación de la pornografía en los albores del siglo XXI fue interpretada como indicadora de un pujante proceso de unión entre mercado, deseo y erotismo.

De acuerdo con Eva Illouz (2014), estamos asistiendo a una progresiva sexualización de la cultura donde la construcción del deseo se ha desplazado hacia el mercado y cuyas protagonistas resultan ser las mujeres. Su fabricación funda la idea de que las mujeres pueden constituirse como consumidoras no sólo de servicios y bienes eróticos, sino como productoras y vectores de su propio deseo. Auspiciar, afianzar y destacar un erotismo inherente, que tienda hacia una menor prescripción del cuerpo y una mayor revalorización del deseo propio, son algunas de las mutaciones que se presentan en la visión de la aceleración y metamorfosis del capitalismo.

Esta irrupción de servicios, bienes, productos que resaltan al erotismo, en tanto resorte individual que permite disponer al cuerpo como valor de cambio, como activo y atractivo, crece a medida que las tecnologías digitales se hacen accesibles para una porción más amplia de la sociedad. Al mismo tiempo, son portadoras de toda una nueva discursividad en torno a la libertad sexual, el placer, el amor, las relaciones y las modalidades de exaltar una agencia en términos de individuales (Giddens, 1998).

En línea con estos planteos, cobran relevancia las formulaciones que la socióloga británica Catherine Hakim (2012) ha elaborado en torno al erotismo. El capital erótico es definido como un repertorio nebuloso de atributos físicos: atractivo, belleza, cuidado de la imagen, que se incardinan en un entramado de relaciones de intercambio económico e interacción social. Así, el erotismo puede ser objetivado como capital en la medida en que colaboraría con una mayor autonomización personal, sexual y económica de las mujeres en la esfera pública y la privada.

Esta socióloga británica busca establecer los cimientos que sustentan su concepto de capital erótico. Entre ellos, destaca que el atractivo físico resulta una cantera de posibilidades para maximizar el cuerpo, subvertir roles y normas de género, negociar el erotismo individual en diferentes planos y prácticas cotidianas, y estimular políticas del deseo.

El trabajo de Hakim ha suscitado una serie de cuestionamientos que ponen en tensión no sólo la operatividad de su esquema teórico, sino los límites y los alcances de puesta en práctica. En particular, si resulta una herramienta conceptual fecunda y cómo dialoga con las perspectivas feministas y las temáticas de género. Una revisión aguda la ha dado Adam Green (2013), quien indica que el concepto de capital erótico es problemático en tanto se aborda desde una óptica que tiende al esencialismo y al biologicismo. Asimismo, Hakim le adjudica una capacidad emancipatoria y de subversión de la inequidad de género que desconoce estructuras más amplias. Finalmente, el autor postula que Hakim examina a este capital como una propiedad individual en la cual se puede invertir, con iniciativa propia, para su maximización (Palumbo, 2019).

En síntesis, la alocución que cifra con la teoría de género es ambivalente. En su visión, el feminismo ha obturado la reflexión sobre las potencialidades de la belleza, del cuerpo femenino, como valor de cambio sobre la base de una degradación en favor de los varones. En lugar de liberar, dirá Hakim, el feminismo connotó peyorativamente la belleza y confinó la idea de utilizar y cuidar la imagen como estrategias del patriarcado para perpetuar la dominación masculina.

A los fines de nuestro trabajo, nos interrogamos qué pertinencia heurística tienen sus proposiciones para la indagación del cuerpo y la belleza en la configuración de un consumo cultural erótico. De todas maneras, cualquier abordaje centrado en examinar qué nexos existen entre género y erotismo deberá atender a las implicancias que anidan en la configuración contemporánea de la sexualidad y qué lugares tienen las mujeres en dicha dinámica.

Para el contexto local, las investigadoras Karina Felitti y Silvia Elizalde (2015) han estudiado el circuito de espacios dedicados al *coaching erótico* para mujeres en la ciudad de Buenos Aires. Estas autoras señalan que las mujeres cuentan con mayores márgenes culturales para pensar el vínculo entre erotismo, cuerpo y deseo, sin por ello desconocer que prevalecen sanciones sociales y morales a la hora de hablar sobre sexualidad femenina.

En estos resquicios que comienzan a desplegar las tecnologías digitales y la amplificación del erotismo heterosexual,

resulta fecundo repensar cuáles son los límites y los alcances de un modelo que cobija o contempla preceptos de autonomía sexual, consumo cultural del erotismo y transformaciones en la heterosexualidad. En esas manifestaciones comienzan a despuntar modelos o nociones de feminidad signadas por inclinaciones de cariz individual y de satisfacción personal donde la cuestión del poder, los modos de jerarquización y ordenamiento del mundo social son excluidos o desdibujados.

Al denominar estas expresiones como “pedagogías de la sexualidad”, las autoras señalan que el bosquejo y la circulación de un saber erótico se presentan como alicientes en la medida en que la pregunta por el deseo, el erotismo y la capacidad de agencia sexual de las mujeres heterosexuales ha guardado un lugar auxiliar y una consideración negativa en los activismos feministas. Al mismo tiempo, son productos y procesos que conjugan cambios y permanencias respecto a las consignas planteadas en décadas anteriores, donde el cuestionamiento a estereotipos, pautas sexuales y expectativas fueron sopesadas como liberadoras.

En este surgimiento del erotismo como expresión e imperativo de un bienestar no sólo sexual, sino emocional, que permea la construcción y percepción de la subjetividad, la mercantilización del deseo reescribe los marcos normativos posibles para la heterosexualidad. En la escena coetánea conviven disposiciones, prácticas y discursos contrapuestos que tensionan o subrayan una nueva manera de entender las relaciones entre sexualidad, erotismo y deseo. En particular, cuando las variables de género, clase y edad operan como condicionantes de esas dinámicas.

Estas investigaciones dejan entrever que el erotismo, como dimensión y objeto de indagación, escapa a una conceptualización teórica única y, en cambio, se convierte en un diacrítico fecundo para elucidar su papel en las sociedades contemporáneas. En simultáneo, en los esquemas teóricos descritos se observa la irrupción de una narrativa que destaca y refuerza la capitalización del cuerpo femenino en términos de liberación sexual. De allí derivan, entonces, las preguntas acerca de cómo interactúan los estereotipos femeninos y las propuestas mercantiles que colocan a las mujeres como agentes sexuales.

POLITIZAR EL EROTISMO:  
DISLOCAR Y ENCARNAR LA TAREA ACADÉMICA

Luego de trazar este mapa interdisciplinar en torno a las múltiples escrituras del erotismo, sus irradiaciones y límites, en el amplio arco de las ciencias humanas y sociales, podemos preguntarnos: ¿de qué manera impacta el deseo en la construcción de los objetos de investigación? ¿Puede ser el erotismo una fuerza que revincule, potencie, la relación con aquello que indagamos desde los mundos académicos?

La preocupación por pensar el rol del erotismo en las ciencias sociales y las humanidades ha sido una temática desatendida pero tributaria de aquellos feminismos que hemos abordado en el segundo apartado. Es decir, el erotismo como fuero del deseo, de la potencia, de una fuerza rearticuladora que descentre y coloque la dimensión política del trabajo académico y de la sexualidad.

Al objetivo plasmado en la introducción, no pueden corresponderle respuestas o resultados perennes sino esbozos preliminares. ¿Cómo nos afectan, en términos de las subjetividades sexuales, la construcción de nuestros objetos o temáticas de investigación? ¿Podemos hacer de la historia, a modo de ensayo interdisciplinar, un espacio para remitir y alojar los deseos de la propia disquisición y labor académica?

En los apartados precedentes nos hemos abocado a reinterpretar, describir y analizar las implicancias, los costos y los emergentes en torno al erotismo. En mi propia indagación en curso, advertí que los procedimientos para penetrar y comprender históricamente el lugar de las mujeres dentro de una cultura articulada por varones ameritaban reflexiones más hondas.<sup>89</sup>

89. Me refiero a mi investigación doctoral en curso, sobre el consumo cultural del erotismo heterosexual en base a la figura de Isabel Sarli en las películas de Armando Bo. Desde finales de los años cincuenta hasta principios de la década de los ochenta, la actriz fue sellada como símbolo sexual de una sociedad en transición, impregnada por las marcas de la represión y el conservadurismo. Anudada a la censura y lo “prohibido”, su cuerpo –en términos físicos y simbólicos– condensó un arquetipo femenino vinculado a un erotismo signado por la presencia masculina a la vez que funcionó como llave de acceso a la subjetivación sexual.



En particular, una disquisición sensible a la sexualidad y al género en períodos de alternancia política y fuertes coerciones a la circulación de materiales considerados eróticos.

Por otro lado, esa inclinación reflexiva se derramaba no sólo a las cavilaciones sobre el objeto, sino a todo el proceso de investigación y a los compromisos que ella podía entablar con la cuestión de la representación sexualizada del cuerpo femenino. Desde esta visión, no existe una distancia u oposición entre la producción académica y su articulación con luchas y activismos.

Estas mismas inquietudes han despertado una ristra de proposiciones en torno a lo erótico como fuero creativo que, lejos de circunscribirlo a una noción sexuada, permitieron redescubrir el placer como insumo de conocimiento. En particular, se destaca el lugar central que le confirieron las feministas afroamericanas Audre Lorde (2003 [1978]) y bell hooks (2001).

Para la primera, el erotismo constituye una fuerza vital, un magma creativo intrínseco que remineraliza y revaloriza la idea del deseo, la satisfacción, como instrumentos y dimensiones constitutivas de la vida de las mujeres. Lo político y el erotismo no pueden concebirse como antagónicos ya que ambos se influyen mutuamente a la hora de construir, encarnar y proponer visiones y posicionamientos acerca del mundo. La apuesta, entonces, es reconectar el erotismo con el sentir, con lo posible y lo deseable, con lo vivible y con el compartir.

Para el caso de Lorde, coincidimos con María Luz Esteban (2020) en lo referente a la tendencia por consignar un género a lo erótico y lo pornográfico, olvidando que esas definiciones deben insertarse en una urdimbre histórica y discursiva que pueda discutir y reconectar la prevalencia de lo erótico en la esfera de la sexualidad y ser pensada por fuera de ella. Sin embargo, el nexo entre producción de conocimiento, deseo y acción política constituyen elementos seminales que confieren al erotismo un lugar central en la reflexión sobre nuestras prácticas y afectaciones.

En el caso de la antropología, Esteban refiere que, al margen de las tempranas investigaciones en torno a la sexualidad y el erotismo en las sociedades denominadas primitivas, existen pocas ocasiones u ejemplos que conciten una reflexividad sobre

la subjetividad sexual en el trabajo de campo. Al mismo tiempo, ese aspecto tampoco suele permear las relaciones entre quienes investigan y quienes son investigados.

Dentro de un esquema similar, aunque enfocada en las pedagogías, bell hooks (2001) hace un llamamiento a un sentido de lo erótico conectado con el cuerpo y su capacidad de engendrar y encarnar la pasión. Esta capilaridad deviene central para desarrollar conocimientos, proyectos y apuestas donde el cambio se propugne como meta. El erotismo tiene una capacidad de afectación que trastoca y cuestiona los modos que subyacen a la construcción del conocimiento. El ámbito del aula o de la investigación pueden convertirse en territorios hostiles y renuentes a pensar la afectación del cuerpo en nuestras prácticas de trabajo y viceversa.

Al recuperar las reflexiones de hooks, podemos trasladar sus coordenadas al ámbito de la investigación y preguntarnos qué hacemos, sentimos, con el (o los) cuerpo(s) en el curso de nuestras disquisiciones. De esta manera, la noción de erotismo que encontramos en Lorde y hooks no excluye la dimensión sexual ni la incidencia del poder en dicho constructo, pero la reformulan, la expanden a la manera de una potencia creativa. En una latitud más próxima, la pedagoga argentina val flores (2019) deshace y recompone el problema del erotismo como aspecto central de la enseñanza, en especial cuando el cuerpo se transforma en el vehículo de un deseo que desborda los prismas sexuales. Al interrogarse sobre si la práctica educativa constituye una práctica sexual, flores no solamente inquiriere sobre el currículum puesto en práctica en las aulas, sino también sobre cómo se purga al deseo y al cuerpo del aula y la práctica docente.

Este llamamiento a recobrar la potencia del deseo como motor de cambio en los modos de concebir la enseñanza y la educación, también trae aparejada una reflexión sobre el género y sus efectos en los bosquejos de nuestras prácticas de investigación. Así, podríamos sugerir que el erotismo puede ser convertirse en un instrumento, un criterio, que evoque la interacción y las incidencias entre las disposiciones de género de quien investiga, la construcción de los objetos indagados y los motivos que propician nuestras epistemologías.

A partir de la evocación de estos trabajos, encontramos afinidades teóricas que conjugan compromisos personales y producciones académicas. También, insumos y prismas para observar y analizar la pertinencia operativa del erotismo desde los feminismos y las teorías de género. En este sentido, destacamos que estas vinculaciones, lejos de anular nociones de erotismo ancladas en la sexualidad, bosquejan la idea del placer y del deseo como formulaciones del encuentro y del intercambio.

#### A MODO DE CIERRE

El reconocimiento del erotismo como aspecto insoslayable de la vida social y cultural ha sido denotado por un nutrido, aunque disperso, cuerpo de investigaciones. El alcance y la hondura de ese movimiento comienzan a cobrar nuevas significaciones y entendimientos a condición de que sea interrogado por un presente alerta a las ataduras, los nudos y las incomodidades que despiertan ciertos temas. ¿De qué manera irrumpe el erotismo en el pensamiento social occidental durante el siglo pasado y en los albores del siglo XXI?

En la apertura de este trabajo, propusimos recorrer las modulaciones entre los estudios de género, los feminismos y el erotismo a modo de ejercicio teórico para nuestra investigación en curso. De manera preliminar, destacamos las propuestas, los presupuestos y las perspectivas desde el amplio arco de las ciencias sociales y humanidades. Esta peripecia interdisciplinar deja entrever que el problema del erotismo, en la representación y el consumo del cuerpo femenino, encierra más interrogantes que certezas.

El avistamiento del erotismo dentro del pensamiento social y humanístico contemporáneo no se agota en el troquelado de las teorías o perspectivas propuestas aquí. En cambio, apunta a una labor de reorganización que estimule coordenadas de trabajo que incorporen al erotismo como criterio o constructo posible en sus investigaciones. Junto con ello, buscamos promover la caracterización y la problematización más amplia y menos restrictiva del erotismo como dimensión social, cultural y política.

En el primer apartado, esbozamos la teoría de Bataille y el enfoque de Alberoni sobre el erotismo. Al describir y contraponer sus propuestas, encontramos que los presupuestos y las lecturas del primero irrigan extensamente el pensamiento social y humanístico contemporáneo. En el bagaje intelectual, los presupuestos de Bataille sobre la violencia, el placer, el deseo y la constitución de dispositivos para controlar y regular las “abyecciones” constituyen puntos ineludibles para dimensionar al erotismo.

En segundo lugar, el abordaje general de los debates acerca de la pornografía nos permitió evocar las rúbricas bajo las cuales el erotismo fue leído e incorporado a ese escenario. En este punto, las fronteras entre sexualidad, deseo y erotismo constituyen zonas de conflicto fructíferas para examinar las representaciones de las mujeres en el entramado social y cultural contemporáneo.

En relación con las teorías feministas y los estudios de género, mostramos que han dado respuestas complejas y contradictorias. Los debates y las argumentaciones retomadas a lo largo del trabajo conforman un atisbo de una problemática mayor cuyo núcleo descansa en una tensión respecto de las posiciones, los roles, las normas y los horizontes que influyen y organizan el orden de género.

En tercer lugar, examinamos la irrupción y el avance del mercado en el terreno del erotismo. Los estudios evocados dan cuenta de la progresiva conflagración entre deseo, erotismo y mercado y su incidencia en la redefinición de esquemas de acción y percepción de los sujetos respecto de sus cuerpos y sexualidades. Al mismo tiempo, enmarcan nuevos desafíos para los estudios de género y sexualidades contemporáneos.

En cuarto lugar, abordamos el carácter político del erotismo en relación con las prácticas que sustancian las dinámicas de creación de conocimiento. Sobre este punto, se planteó al erotismo como una fuerza creativa que permite la apertura, el ir al encuentro de las/os otras/os, entendidas/os siempre como sujetos encarnados. Esta caracterización descentra el supuesto predominante que concibe al erotismo desde el lugar sexual y, en cambio, lo coloca dentro de una noción amplia de deseo y de placer, sensible a la

experimentación y la elaboración de un poder que contrarreste retóricas individuales y tendientes a la neutralidad.

En suma, buscamos aportar a un mayor entendimiento de la cuestión erótica sin por ello desconocer la insuficiencia de dicha labor. Por lo tanto, abordajes posteriores deberán contemplar otras variables, sopesar su contingencia histórica y enmarcar su estudio a partir de un objeto empírico que confiera densidad sobre las modalidades, las circunstancias y los condicionantes que operan sobre el erotismo.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alberoni, F. (1986). *El erotismo*. Barcelona: Gedisa.
- Bataille, G. (1997 [1957]). *El erotismo*. Barcelona: Tusquets.
- Castellanos Llanos, G. (2010). “Erotismo, violencia y género: deseo femenino, femineidad y masculinidad en la pornografía”, *La manzana de la Discordia*, Vol. 1, No. 2, 53-65.
- Esteban, M. L. (2020). “La antropología y el poder de lo erótico”, *AIBR Revista de Antropología Iberoamericana*, Vol. 15, No. 3, 557-581.
- Fellitti, K.; & Elizalde, S. (2015). “Vení a sacar a la perra que hay en vos’: pedagogías de la seducción, mercado y nuevos retos para los feminismos”, *Revista Interdisciplinaria de Estudios de género*, Vol. 1, No. 2, 1-32.
- Flores, V. (2019). “¿Es la práctica pedagógica una práctica sexual? Umbrales de la imaginación teórica y erótica”, *Descentrada*, Vol. 3, No. 1, e068. Recuperado de: [https://memoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.9638/pr.9638.pdf](https://memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.9638/pr.9638.pdf)
- Green, A. I. (2013). “‘Erotic capital’ and the power of desirability: Why ‘honey money’ is a bad collective strategy for remedying gender inequality”, *Sexualities*, Vol. 16, No. 1-2, 137-158.
- Guiddens, A. (1998). *La Transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Hakim, Catherine. (2012). *Capital erótico. El poder de fascinar a los demás*. Barcelona: Debate.
- hooks, b. (2001). “Eros, Erotismo y Proceso Pedagógico”. En G. Lopes Louro (Org.). *O corpo educado. Pedagogias da sexualidade* (pp. 113-124). Belo Horizonte: Editora Autêntica.

- Hunt, L. (1993). (Ed.). *The Invention of pornography. Obscenity and the Origins of Modernity, 1500-1800*. New York: Zone Books.
- Illouz, E. (2014). *Erotismo de autoayuda. Cincuenta sombras de Grey y el nuevo orden romántico*. Buenos Aires: Katz-Capital Intelectual.
- Lorde, A. (2003 [1978]). “Usos de lo erótico, lo erótico como poder”. En *La hermana, la extranjera* (pp. 37-46). Madrid: Horas y Horas.
- Manzano, M. (2006). *La pornografía o el agotamiento del deseo*. Buenos Aires: Manantial.
- MacKinnon, C. (2014). *Feminismo inmodificado. Discursos sobre la vida y el derecho*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Osborne, R. (1988). “Debates actuales en torno a la pornografía y la prostitución”, *Revista de Sociología*, No. 30, 97-107.
- Palumbo, M. (2019). “Capital Erótico y Expectativas de Género: Criterios de Selección En Mujeres y Varones Heterosexuales”, *Sociedade e Cultura. Revista de Pesquisa e Debates em Ciências Sociais*, Vol. 22, No. 2. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/journal/703/70362137012/70362137012.pdf>
- Prada, N. (2010). “¿Qué decimos las feministas sobre la pornografía?”, *La Manzana de la Discordia*, Vol. 5, No. 1, 7-26.
- Rubin, G. (1989). “Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad”. En C. Vance (comp.), *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina* (pp. 113-190). Madrid: Editorial Revolución.
- Schaufler, M. L. (2014). “Itinerarios teóricos para abordar el erotismo, los géneros y sexualidad”, *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe*, Vol. 11, No. 2, 191-211.
- Vance, C. (1989). (Comp.). *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Editorial Revolución.